

CIPRÉS

Padre Pedro José Ynaraja

De pequeño, esta conífera me resultaba antipática. Es el árbol de los cementerios, me dijeron. Y estos lugares me resultaban espantosos. La muerte, un niño, no la siente como lo más común y seguro de los humanos, es una desgracia que ocurre a gente mayor o a los que tiene mala suerte. El cementerio de guerra era otra cosa. Morir en una batalla era de héroes y en su honor se erigían monumentos, no árboles. Ahora bien en casa nadie de la familia era militar. Crecí y los olvidé, pensaba que en ellos no anidaban pájaros, ni se podía trepar por sus troncos.

Lo curioso del caso es que cambió mi actitud el día que se concedió el premio Nadal a una novela de Delibes que se titulaba "La sombra del ciprés es alargada". Esta frase enigmática y bonita, suscitó mi simpatía. Más tarde, me contaron que en las masías catalanas, aisladas de cualquier núcleo urbano, pero siempre abiertas a caminos por los que pordioseros transeúntes o peregrinos, solían transitarlos, se plantaban tantos cipreses como lugares de alojamiento podían encontrar esos viajeros, de esta manera, antes de divisar la casa ya sabían si serían bien acogidos en el edificio. No sé qué de verdad habrá en ello, pero que fuera símbolo de hospitalidad, les ganó mi simpatía. Ya sacerdote, durante más de 50 años he gozado de su compañía, he sentido su aroma y, sin saber cómo, en un tiesto, brotó un arbolito que me lo traje cuando cambié de residencia y ya debe haber crecido más de cinco metros. En cambio, he tratado de plantarlos y nunca he conseguido que germinase la semilla. A punto de dedicarles estas líneas, he descubierto en un rinconcito de una maceta un ejemplar de no más de 5 cm. He tenido la sensación de reiniciar mi vida o, al menos, la exigencia de continuar soñando y proyectando actividades útiles, pese a mi edad y condición legal de jubilado.

Conocí hace años las características de su madera. Trabajando y o en una carpintería, algún cliente encargó vigas de ciprés. Llegó la partida de acuerdo con el pedido. Admiré su longitud y derecha. Tenían muchísimos nudos, cosa que al carpintero nunca le hace gracia, por muy decorativos que sean. Supe, metido ya en la clerecía, que los muebles de sacristía, armarios y cajones, todos ellos enormes, eran de esta madera. Me dijeron que ahuyentaba a las polillas y ahora sé que tenían razón. Su suave perfume no es del gusto de estos insectos que son capaces de agujerear y echar a perder ricos ornamentos.

¿Y qué tiene esto que ver con el Cantar? Pues que los enamorados, cuando imaginan su nido de amor, piensan que las vigas son, o serán, de cedro y el artesonado de ciprés. Ambiente, pues, cálido, perfumado, acogedor (1,17). Cada uno debe preguntarse ahora ¿deseo que mi hogar lo sea o creo que para nosotros y

el forastero que nos llega, es mejor ir a un impersonal restaurante, carente de confidencialidad? ¿Ofrezco intimidad y compañía cordial a mis huéspedes?

Sé que el ciprés alargado cual bóveda gótica, y como ella esbelto y bárbaro, cubre cuerpos que, pese a muertos, yacen esperanzados y que al lugar de los que murieron con Esperanza, puedo con propiedad, llamarlo Campo Santo. Gozo el perfume de la conífera, la ductilidad de su madera, la gracia de su fruto, que no es otra cosa que albergue coqueto de diminutas semillas, viendo en sus líneas una espada que se quiere introducir en el cielo y que me invita a mí a desearlo.